

81*. A su hermano Luis

Carta extraordinariamente notable. Hablándole de corazón a corazón, defiende su vocación elocuentemente con gran fuerza persuasiva y muy buenas razones. "¿Quién puede hacerme más feliz que Dios?". "En Dios te doy eterna cita".

Cunaco, 14 de abril de 1919 Mi querido Lucho:

Por mi mamá he sabido que ya no te es desconocido mi secreto. Perdóname no haya tenido el valor de confiártelo antes; pero sabía lo mucho que te iba a impresionar y quería ahorrarte lo más posible la pena que ibas a sentir cuando estuvieras al corriente de todo.

Si por un instante pudieras penetrar en lo íntimo de mi pobre corazón y presenciar la lucha horrible que experimento al dejar a los seres que idolatro, me compadecerías. Mas Dios lo quiere y, aun cuando fuera necesario atravesar el fuego, no retrocedería; puesto que lo que con tantas ansias anhelo no sólo me proporcionará la felicidad en esta vida, sino la de una eternidad.

Creo que tú, más que nadie, podrás comprender que existe en el alma una sed insaciable de felicidad. No sé por qué, pero en mí la encuentro duplicada. Desde muy chica la he buscado, mas en vano, porque en todas partes sólo veo su sombra; ¿y ésa puede satisfacerme? No. Jamás –me parece– me he dejado seducir. Anhelo amar, pero algo infinito [y que] ese ser que yo ame no varíe y sea el juguete de sus pasiones, de las circunstancias del tiempo y de la vida. Amar, sí; pero al Ser inmutable, a Dios quien me ha amado infinitamente desde una eternidad. ¡Qué abismo media entre ese amor puro, desinteresado e inmutable, y el que me puede ofrecer un hombre! ¿Cómo amar a un ser tan lleno de miserias y de flaquezas? ¿Qué seguridad puedo encontrar en ese corazón? Unir mi alma a otro ser que no me perfeccione con su amor, ¿encuentras que puede serme de nobles perspectivas? No. En Dios encuentro todo lo que en las criaturas no encuentro, porque son demasiado pequeñas para que puedan saciar las aspiraciones casi infinitas de mi alma. Me dirás: pero puedes amar a Dios viviendo en medio de los tuyos. No, mi Lucho querido. Nuestro Señor nada suyo reservó para Sí al amarme desde el madero de la cruz. Aun dejó su cielo, su divinidad la eclipsó, y ¿yo me he de entregar a medias? ¿Encontrarías generoso de mi parte reservarme aquellos a quienes estoy más ligada? ¿Qué le ofrecería entonces? No. El amor que le tengo, Lucho querido, está por encima de todo lo creado; y aun pisoteando mi propio corazón, despedazado por el dolor, no dejaré de decirles adiós, porque lo amo y con **locura**. Si un hombre es capaz de enamorar a una mujer hasta el punto de dejarlo todo por él, ¿no crees, acaso, que Dios es capaz de hacer irresistible su llamamiento? Cuando a Dios se conoce; cuando en el silencio de la oración alumbra al alma con un rayo de su hermosura infinita; cuando alumbra al entendimiento con su sabiduría y poderío; cuando inflama la voluntad con su bondad y misericordia, se mira todo lo de la tierra con tristeza. Y el alma, encadenada por las exigencias de su cuerpo, por las exigencias del ambiente social en que vive, se encuentra desterrada y suspira con ardientes ímpetus por contemplar sin cesar ese horizonte infinito que, a medida que se mira se ensancha sin encontrar en Dios límites jamás.

Lucho querido, si supieras tú la amargura que encuentro en todo lo que me rodea, no te asombraría que buscara las paredes de un convento para vivir y pasar mi vida entera en esa oración no interrumpida por el bullicio del mundo. No puedes comprenderlo por ahora, pero yo rogaré para que Dios se manifieste un día a tu alma, como por su infinita bondad se manifiesta a la mía. Entonces verás que es imposible no sufrir horriblemente cuando se encuentra el alma con obstáculos que le impiden pasar constantemente en esta contemplación amorosa del Todo adorado. Viviendo en medio de los míos, esto es imposible. Las preocupaciones de la vida lo impiden, aunque se tenga la libertad más completa.

Lucho tan querido, te hablo de corazón a corazón. En este instante experimento todo el dolor de la separación. Te quiero como nunca te he querido. Pocos hermanos existirán tan unidos como nosotros dos. Sin embargo, te digo adiós. Sí, Lucho de mi alma. Es preciso que te diga esta palabra tan cruel por un lado, pero no si se considera cuánto dice: "A Dios". Lucho querido, allí viviremos siempre unidos. En Dios te doy eterna cita.

Tu carta que hace poco recibí, cuando ésta tenía principiada, me ha hecho sufrir mucho. Me acusas de falta de confianza, hermano el más querido. Si yo te dijera que muchas veces estuve a punto de decírtelo, no me creerás. Pero me reprimía por el temor de lo mucho que ibas a sufrir y temía por tu salud. Así, perdóname que no haya tenido el valor de decírtelo, pero es por exceso de cariño.

Lucho, no sabes cuánto te agradezco tu cariño. Verdaderamente encuentro que no lo merezco; pero créeme que yo te quiero doblemente. Con delirio. Fíjate que no sólo te dejo a ti, sino también a **los dos seres que idolatro**: a mi padre y a mi madre. Y sin embargo, los voy a dejar por Dios. **Lo he pensado mucho y reflexionado y no quiero volver atrás, porque siendo carmelita realizaré todo el ideal de felicidad que me he forjado.** Si me quedo en el mundo, no haría todo el bien que tú me pintas; porque la virtud es una planta cuya savia es la gracia de Dios. Sin ella, la virtud perece. Y dime sinceramente, ¿crees que Dios me la otorgará si yo no soy fiel en seguirle? No. **Si Él me ha dado ya el valor para sacrificarlo todo por su amor, yo no debo dejar de ser generosa.** Además, ¿qué favor más grande que el de la vocación? Y después de **tanto amor** de Dios para con una criatura miserable, ¿yo me quedaré en mi casa, en medio de todos los que amo y de las comodidades? Por un hombre a **todo** se renuncia ¡y por Dios nada es aceptado!

Si tú, querido Lucho, me hubieras visto casar con un joven bueno que no hubiera tenido fortuna y me hubiera llevado al campo lejos de todos Uds., tú te habrías conformado. Y porque es por Dios, ¿tú te desesperas? ¿Quién puede hacerme más feliz que Dios? En Él todo lo encuentro. Ahora dime, ¿qué abismo insondable hay entre Dios todopoderoso y la criatura? Y Él no se desdeña de descender hasta ella para unirla [a Sí] y divinizarla. Y yo, ¿he desdeñar la mano del Todopoderoso, que en su gran bondad me tiende? No. Jamás. Nadie podrá convencerme que mi deber no es seguir a Dios sacrificándolo todo para pagarle su infinito amor como mejor pueda. Lo demás será bajeza de mi parte. Creo que juzgarás como yo.

En cuanto a lo que me dices que la gloria de Dios no ganaría nada si todos entran en los conventos, te encuentro razón. Pero debes agregar a esto que no todos los buenos son llamados por Dios para ser religiosos. Hay almas que les infunde el atractivo de la perfección, y las tales **faltan** si no se entregan a ella. Es cierto que en el mundo se necesitan almas virtuosas, y hoy más que nunca es de absoluta necesidad el buen ejemplo; pero para permanecer en el mundo es indispensable tener especial asistencia de Dios. Yo me considero sin fuerzas para ello, porque Él no me lo pide. Pero mayor aún es la necesidad de almas que, entregadas completamente al servicio de Dios, lo alaben incesantemente por las injurias que en el mundo se le hacen; almas que le amen y le hagan compañía para reparar el abandono en que lo dejan los hombres; almas que rueguen y clamen perpetuamente por los crímenes de los pecadores; almas que se inmolen en el silencio, sin ninguna ostentación de gloria, en el fondo de los claustros por la humanidad deicida. Sí, Lucho. La carmelita da más gloria a Dios que cualquier apóstol. Santa Teresa, con su oración, salvó más almas que San Francisco Javier; y este apostolado lo hizo desconociéndolo ella misma.

Me dices que las cualidades con que Dios me ha dotado las debo emplear para su gloria. Si, como tú dices, es cierto que las tengo, ¿cómo podré darle mayor gloria a Dios, si no es dándome enteramente a Él y empleando día y noche mis facultades, tanto intelectuales como morales, en conocerle y amarle? La hermosura no la poseo; y si la poseyera, no dudaría en ofrecérsela también, porque lo mejor y lo más hermoso es lo que merece Él.

¿Podrás aborrecer tú la religión, a Jesucristo, cuando es ella, Él, quienes me proporcionan la felicidad en esta vida y en la otra? ¡Qué desesperación habría embargado mi corazón al encontrar el vacío, la nada de las criaturas, si no hubiera conocido otro Ser capaz de saciarme y satisfacerme! No. Jamás lo creeré, Lucho de mi alma, porque sé que en tu alma las creencias religiosas descansan sobre base sólida. Y si esto, por desgracia, llegara a suceder, yo te digo que [desde] este instante conjuro a Dios para que me mande antes la muerte a mí, para que del sacrificio brote para ti la luz y [el] amor hacia nuestra religión. Además, la que puso en mi alma el germen de la vocación fue la Sma. Virgen. Y tú fuiste el que **me enseñaste** a amar a esta tierna Madre, que jamás ha sido en vano invocada por sus hijos. Ella me amó y, no encontrando otro tesoro más grande que darme en prueba de su singular protección, me dio el fruto bendito de sus entrañas, su Divino Hijo. ¿Qué más me pudo dar?

Lucho, antes de partir, te dejo como sello de nuestra perpetua fraternidad, la estatua de la Sma. Virgen, que ha sido mi compañera inseparable. Ella ha sido la confidente íntima desde los más tiernos años de mi vida. Ella ha escuchado la relación de mis alegrías y tristezas. Ella ha confortado mi corazón tantas veces abatido por el dolor. Lucho querido, te la dejo para que me reemplace cerca de ti. Háblale como lo haces conmigo, de corazón a corazón. Cuando te sientas solo, como yo muchas veces me he sentido, mírala y verás que sonriendo te dice: "Tu Madre jamás te deja solo". Cuando, triste y desolado, no halles con quién desahogarte, corre a su presencia y la mirada llorosa de tu Madre que te dice "no hay dolor semejante a mi dolor" te confortará, poniendo en tu alma la gota de consuelo que cae de su dolorido Corazón.

Yo, desde mi solitaria celda, rogaré por ti a esa Virgen casi idolatrada, para que se muestre como verdadera Madre con aquel hermano que tanto quiero. Unidos por el pensamiento aquí en la tierra, nuestras almas hermanas se encontrarán, después de esta existencia dolorosa, un día reunidas para siempre allá en el cielo. Entonces comprenderemos el mérito de la separación en el destierro, que nos ha granjeado la comunión eterna allá en la patria donde está la vida verdadera.

Lucho, sólo me queda una cosa que decirte. Si me hubiera enamorado de un joven con quien creyera ser feliz y no hubiera sido de tu agrado, no hubiera dudado un momento en sacrificar por ti mi felicidad, porque te quiero demasiado. Pero no tratándose de un hombre, sino de Dios, y comprometiéndome yo, no sólo la felicidad [temporal] sino la eterna, no puedo volver sobre mis pasos. Perdóname toda la pena que con mi determinación te he causado. Tú me conoces y podrás comprender mejor que nadie el dolor en que estoy sumergida, dolor tanto más grande cuanto que veo que soy yo la causa del sufrimiento de los seres que tanto amo.

Déjame decirte por última vez adiós. Se escapa de mi alma en un sollozo. Adiós, hermano mío tan querido. Sé bueno. Llena **tú**, con el cariño hacia mis padres, el vacío que va a dejar en sus corazones la ofrenda de una hija que, aunque poco vale, es al fin un pedazo de sus almas. Ámalos, y evítales todo sufrimiento. Sé bueno también con mi querida Rebeca. ¡Pobrecita! ¡Cuánto siento dejarla abandonada en la lucha de la vida! Aunque no abandonada, porque siempre la acompañaré con mis oraciones. Acompáñense ambos y ayúdense mutuamente en el camino del bien.

Lucho querido, ¡adiós! Ten corazón generoso y ofrézme a tu Dios y a la Sma, Virgen. Ellos van a hacer la felicidad de tu pobre hermana. Lo bueno y lo hermoso siempre cuesta lágrimas. La vida que abrazaré tiene estas cualidades, pero se compra con sangre del corazón. Dios te premiará, porque nunca se deja vencer en generosidad. Sobre todo piensa que esta vida es tan corta; ya sabes que esta vida no es la vida.

A Dios, hermano querido. Te abraza y besa tu Juana, que muy luego se llamará Teresa de Jesús.

Juana

Luis –el “Lucho” inseparable de Juanita y su confidente– fue también compañero y amigo del P. Alberto Hurtado. Abogado, Casado con Jacqueline Guyot de Grandmaison. No tuvo hijos. Testificó en los dos procesos de beatificación de su hermana. Era delicioso oírle hablar cuando evocaba recuerdos de su infancia y adolescencia vividas junto a su idolatrada Juanita. Las tres cartas que aquí se publican son de las mejores que ella escribió. Falleció en Santiago el 8 de abril de 1984.